

Puesto que el pastorcillo que solía cuidar de las ovejas de El había retomado sus labores, solo tuve que ordeñar a Mesto al llegar para poder dedicarme a la preparación de una pócima. Aún no me sentía listo para realizar un hechizo con la sangre de Jimin y, aunque el tiempo apremiaba, no podía darme el lujo de equivocarme, por lo cual deseaba practicar. Así pues, me senté bajo los árboles que rodeaban la propiedad para cavilar al respecto de lo que sería útil e innovador en el mundo de la hechicería. Aún no había terminado de esclarecer cuáles eran mis poderes personales, pero deseaba crear un hechizo universal. Entonces recordé que mis más hermosas fantasías de la infancia giraban en torno a la posibilidad de hechizar a YeJin de una u otra forma. Aun si aquellos eran anhelos infantiles, también eran muy divertidos y quizá tuviesen alguna utilidad real, por lo que hice una pequeña lista mental de las varias formas en que me habría gustado atormentar a mi pequeña enemiga:

—Crear la ilusión de alimañas trepando por sus piernas o enredándose en sus cabellos. Hacerla enmudecer durante todo un día. Obligarla a decir la verdad. Impedir que viese su propia imagen en el espejo —De repente, mi ingenio se encendió como una lámpara de arco: crearía una pócima destinada a hacer que quien la bebiera se encontrase con su verdadera imagen en el espejo, es decir, no vería el reflejo de su apariencia física sino aquel de su espíritu. Si mi hechizo resultaba bien, el efecto se prolongaría durante todo un día, lo cual podía ser agradable o terrible, dependiendo de la persona. Puesto que los espejos se fabrican aplicando una capa reflectora a un sustrato como el vidrio, para la primera parte de mi hechizo me abastecí de una moneda de plata, un puñado de arena acumulada en la vertiente, una pizca de bicarbonato de sodio de la cocina y una piedra caliza. Se me ocurrió que usar ingredientes que estuviesen relacionados con el resultado de la pócima en la realidad objetiva la haría más efectiva, dado que todo componente material tiene un equivalente en el mundo del espíritu y viceversa. En esto tenía una ligera ventaja sobre otras hechiceras ya que, al haber estudiado química con Seokjin en Viena, se me facilitaba discernir los ingredientes precisos y hallarlos en la naturaleza o en casa. En cuanto al espíritu humano, debía agregar una sustancia palpable que lo representase y no se me ocurrió nada mejor que el agua, ya que tanto la mitología como los textos religiosos sagrados hacen constantes alusiones a este sencillo simbolismo. Pensé que, puesto que el espíritu se esconde tras la superficie de nuestra apariencia, lo más adecuado sería utilizar agua subterránea, pero como no tenía acceso a ningún pozo llené una botella de cerámica con agua de la vertiente y la enterré durante una hora. Entre tanto, me senté sobre el espacio donde la había enterrado y recité con absoluta concentración una y otra vez mi propia adaptación de un fragmento del tao te ching, un libro de sabiduría china que YeJin había confiscado de mi biblioteca personal, el cual yo había recuperado antes de partir de Viena: *El valle espiritual nunca muere, está dentro de nosotros todo el tiempo. Sustrae de él toda el agua que desees, jamás se secará.*

Después, cociné a fuego lento la mezcla de los ingredientes con el agua, añadiéndole un diminuto trozo de hoja de mandrágora y activando la poción con un conjuro de mi invención. Este no puede ser escrito, por lo cual debo reservármelo. Sin embargo, puedo revelar que sus palabras decretan que, cuando una persona consuma la pócima, el espejo se transformará en una manifestación visual del valle que contiene las verdaderas aguas de su espíritu. Al pronunciar el conjuro, la pócima adquirió un hermoso color azul cobalto y la di por finalizada. Guardé el líquido azul en un

frasco de conservas de El pues aún no tenía unos propios y almacené los residuos de la olla en un saquito de tela para un posible uso posterior. No hay modo de comprobar la efectividad de una pócima excepto haciendo que alguien la consuma y no podía usar a mi amada nana como conejillo de indias, así que, no sin temor, bebí un pequeño sorbo de mi propia receta frente al espejo de la casa. Me pareció que los contenidos de mi ser se removían con violencia y tuve que dejar el frasco en el piso para no derramar la pócima. Sentí que había un maremoto en mi interior y, por lo mismo, me tambaleé incontrolablemente. El cristal del espejo, a su vez, se distorsionó como si contuviera una tormenta marina, tanto así que temí que estallase de repente. No había considerado que experimentar con mi propio hechizo pudiese derivar en algo tan espantoso aun antes de que su efecto se completara, pero apoyé las manos contra el muro y fijé la vista en el turbulento cristal para obligarme a afrontar el resultado. Me esforcé en no permitir que el miedo me venciera y, poco a poco, el agua dentro del espejo se aquietó. Pasados unos minutos, en la vasta profundidad de aquel negro océano, distinguí una mirada familiar: los maléficos ojos de Jimin encontraron los míos y, tal y como si una ola formidable me hubiese azotado en pleno rostro, perdí el sentido.